

Aéreos (2007 - 2014)

Yamily Habib El Fakih



Capítulo 1

I. Desde las gradas

Hubo algún momento en el que la magnífica desaparición del tiempo y el espacio fue la fortuita solución para todos los problemas, fue la compleja devastación de la realidad en la completa ignorancia de quien no quiere ver más allá de sus narices por la fractura inminente de las mismas.

Yo ayer fui víctima de mi propio exterminio. Ayer mismo determiné el momento exacto en que detonaría los cimientos de todo aquello que se había construido para un futuro lleno de luz gótica perdurable e inmortal en las memorias de una casta sobrevaluada y deificada por sus propios corresponsales. Yo, pobre mortal, marcaría la diferencia y una muerte anunciada por 25 años me daría la fría palmada en la espalda que separa el "todavía" del "ya es hora".

27 de Marzo, 2011.

Quisiera invitarles, con una mezcla de ingenua humildad, a revivir conmigo estos años e intentar llenar los vacíos que han sobrecargado de angustia mi corazón, y de espacios... mi mente.

Capítulo 2

II.

Etnocentrismo: 1. m. Antrop. Tendencia emocional que hace de la cultura propia el criterio exclusivo para interpretar los comportamientos de otros grupos, razas o sociedades.

Me gusta anticipar el hecho de que estoy en plena conciencia de mis inconsciencias; admito profusamente que mis apreciaciones se proyectan usualmente desde la primera persona siempre, y suele ser pobremente categorizado como egoísmo, pero he ahí la maravilla de la tecnología y mi capacidad de sacar provecho de un campo virtual y de un escenario hipotético donde yo, y sólo yo, soy la protagonista sin necesidad de reprimirme.

Soy obsesivo compulsiva, ritualista, maniática, con un trastorno de rumiación de pensamientos que pulveriza el alma, egocéntrica, hiperquinética, depresiva, adicta, optimista, masoquista, soñadora, radical, militante, descalificadora, déspota, sincera, sensible; suelo perdonar pero jamás olvido, evoluciono pero desecho, creo en la libertad pero no en el libertinaje, tengo 14 tatuajes y 3 piercings, tengo un mejor amigo, tengo un ojo más claro, tengo un corazón lleno de cicatrices y una mente llena de agujeros...

Capítulo 3

III. La Novia de mi hija.

(Capítulos al azar): Inoportuna.

Justo cuando los descubrimientos eran solo pronombres, cuando el espacio era una oportunidad, cuando la libertad era una dosis perfecta de tinta en la espalda, cuando la búsqueda aparatosa de un futuro inexistente e indefinible era lo único que colmaba la mente en los pocos momentos de sobriedad para acompañarlos con esa angustia con la que me habría casado no sé exactamente cuándo... justo en ese momento apareció ella, tan clara, tan aparentemente inocente, tan sublime, tan capaz, tan puntual.... pero... tan inoportuna.

Eran las 9:45 am y debía llegar a clase dos horas y cuarenta y cinco minutos antes, era fisiología, era mi segundo año en la facultad de medicina, pero al fin y al cabo qué importaba?

El cafetín estaba vacío, sólo un grupo de nuevos ingresos alborotando mi dolor de cabeza y mis náuseas, la luz del sol era insoportable... necesitaba un café. Justo cuando revolvía la gran carga azucarada, levanté la mirada y la franela fucsia había volteado a mirarme, eran dos ojos verdes, era un cabello largo, era una risa estruendosa, era Alba.

Era acaso posible? No! Después de tanto tiempo, después de tan malas auroras boreales por su culpa, no permitiría otra cara bonita, no... no lo haría.

Caminé al escalón de siempre, me senté y encendí un cigarrillo.. cuánto faltará para que aquellos salgan de clase? realmente me importa?... Ella exhibía su cintura mientras recogía el cargador de su portátil, yo pensaba en que necesitaba un poco de hierba o como mínimo una cerveza, y era demasiado temprano, cuándo me había transformado en una adicta?

El desastre. Empieza a sonar la cabalgata de cerdos bajar del auditorio, siempre es la misma rutina, y todos son felices, menos yo. Todo sigue un mismo esquema, que me memoricé la primera semana: la repetición textual de la clase, y entrar a la siguiente. Cómo pueden vivir con ésto?

Era mi depresión hablando, la supresión de mis neurotransmisores, la muerte, la inestabilidad, el trasfondo oblicuo e inhóspito, la resolución contemplada pero inalcanzable, la cobardía y mis secretos silentes. La noche anterior había tenido un sueño extraño, con pedazos de papel y el número 18 de nuevo. Todo se colapsaba en mi mente retorcida e

intoxicada, nada parecía tener sentido, necesitaba sedarme.

Cuando las escenas se repiten numerosas veces en un período de tiempo poco prudente, se suele caer en un ciclo entumecedor de aromas vertiginosos; el salón de clase era el mismo, las paredes igual de verdes, las mesas igual de blancas, la retaña de recomendaciones para un futuro médico que no existía dentro de mí... las mismas. Lo único que variaba en el esquema era aquella cintura, y no era recomendado por el sistema, había un secreto mensaje de alerta al que, años después, lamentaría no haber prestado atención.

Capítulo 4

IV. "Exigencias"

Al mundo, no es mucho lo que le pido... son pequeñas cosas las que necesito para sobrevivir.. son amaneceres brillantes, son días soleados, son días colmados de oportunidades, tardes tranquilas, cinco de la tarde de luz perfecta para un "snapshot" fulminante, siete de la noche para una cena perfecta, noches de música que alegre mi corazón, madrugadas de conversaciones profundas, sueños premonitorios dulces, y días siguientes totalmente distintos.. pero extrañamente iguales...

A mí, no es mucho lo que me demando... son pequeñas cosas las que he de proveerme para sobrevivir.. pulcritud, orden, inteligencia, cultura, originalidad, estilo, magnificencia, lograr ser un personaje nuevo e importante dentro de ésta historia que tantos héroes necesita...

A los demás... a los demás no les pido absolutamente nada, porque sé perfectamente que nada son capaces de dar. He llegado a la borrascosa conclusión de que las personas son tan solo decoraciones en el cuadro de la vida.. y sólo quien se adueña del cuadro decide quiénes pasan a ser personajes importantes... y quienes tan solo son un fragmento en un punto de la Tarde de domingo en la isla de la Grande Jatte...

Aún así.. no logro prescindir de ellos, no logro obviarlos, no logro borrarlos con el "click" de un cursor.. no puedo ni quiero demandarles, no tienen nada que ofrecer, no cooperan con el plan maestro supuestamente trazado en ésta parte de la bufanda, y yo sueño macabramente egoísta.. sería tan fácil pedirle a Seurat una pieza totalmente nueva.. exclusiva.. sólo para mí... pero luego... entonces.. luego... qué hago con el cuerpo del pobre pintor?

Capítulo 5

V. "Demorados"

Nunca he sido partidaria de las casualidades; mis conocimientos en aspectos numéricos son tan escasos que podría perderme en una simple suma. Pero si algo me parece difícilmente posible es que las condiciones y circunstancias se planteen por el deseo del azar.

Muchos individuos, muchas historias, muchas energías corrompiendo espacios ajenos... si, la teoría del azar tiene cabida.. pero sería tan vano, tan frío, tan poco sustancioso y dejaría tantos espacios vacíos...

Alguien me enseñó alguna vez que "los tiempos de Dios son perfectos", que cada cosa sucede a su momento, por su razón, bajo sus circunstancias, nada es azar... y ésta misma perspectiva la sostienen tantas otras religiones... el hombre es sólo uno, estamos todos errados entonces?

No, sigo creyendo que las casualidades no existen, todos formamos parte del mismo hilo que forma el tejido de una gran bufanda, nos entrelazamos y marcamos la vida de los otros y, mientras tanto, la bufanda va creciendo y muriendo al mismo tiempo...

Lo divertido del caso, fue que yo me hice de un encendedor... para quemar las hebras de las conexiones que no me apetecían..

Desde hace años fui desechando a las personas que sencilla y claramente no me interesaban... mi condena: sus fantasmas, debo cargar con ellos, debo verlos en los espejos, en las esquinas, con sus ojos de cristal esperándome con sus eternas preguntas, el perenne "por qué" y el inacabable "hasta cuándo"; ellos siempre ahí, acompañándome, en su espera... siempre... demorados.

Capítulo 6

VI. "Voy a hacerte una casa en el aire"

Quiero acompañar mi soledad con menos ruido y más soledad. Quiero despedirme con los mejores de mis versos y la más desolada de mis miradas, como quien ve el desierto que queda tras el pasar de la tormenta. Quiero despedirme de ti y así no olvidarte nunca, pues más allá de mi piel, te llevo tatuada en el alma pobre alma mía que vive haciéndote un rincón a mi lado siempre, en el peor de los bares, comprándote una cerveza, encendiéndote otro cigarro que se consumen solos esperando que aparezcas por la puerta y que haya sido el tráfico o la lluvia los que te hayan retrasado, y no sus manos donde ya encontraste refugio... refugio eterno para olvidarme.

Afortunada tu que puedes olvidar mientras mis labios se secan y mi cama se vuelve de piedra y escribe sobre sí el epitafio de un amor que existió en alguna parte del mundo y se consumió al fuego del desamor más angustioso de la historia.

Hoy camino solitaria las calles de una ciudad que no me reconoce ni me abraza, tan solo me deja pasear pues lee en mis ojos la tristeza de un corazón roto por impaciencia y diferencia de frecuencias; y en el documento se puede leer "diferencia de pasiones" en el espacio de las excusas, de esas que nos sobran para eclipsar las verdaderas lastimosas razones por las que cualquier par se abandona amándose al punto de querer odiarse "hasta que la muerte los separe" para ni así abandonarse.

Fui tan inestable como el clima cuando amenaza una tormenta tropical, sé el daño que te pude haber hecho quizás hasta recién, pero también sé todo el amor que te profesé con bandera de guerra y con la bandera de paz tras la fogosa pasión que criamos como fruto de sequías.

Sé que te agotaste de tanto jugar a las escondidas con la libertad y el amor preso; quizás el tiempo nos enseñe a vivir sin tanto prejuicio y nos enseñe también a refugiarnos donde no sólo se nos quiera sino donde nosotras queramos también, donde "sentirse bien" y "sentir bien" se distingan claramente y donde el "qué dirán" sencilla y claramente no exista.

Ojalá también nos enseñe a querernos para hoy... y no para siempre.

SdC.23.12.08

Capítulo 7

VII. Sentados en el borde

Para Claudia.

Trastabillando entre penumbras, tras meses de álgidos encuentros, decidió finalmente olvidarse de los sueños para comenzar a soñar; decidió irrevocablemente renunciar a aquel tramo desgastado de vida y encaminarse al solitario pastoreo del rebaño inconsciente.

El autodescubrimiento no fue premonitorio, mucho menos una cuestión de instructivos descargados de una red cibernética. La lentitud del proceso cabalgaba junto al poniente y su luz era tanto más ecuánime y cegadora. El dolor comenzaba con la oscuridad, justo cuando las cadenas de los fantasmas se rompían y les permitían devorar los pastos sin vergüenza ni mesura, reincidiendo en viejas llagas que supuraban recuerdos. Esas noches eran interminables, estrelladas, abrumadoras, irrepetibles, orgásmicas.

Curioso encuentro el del dolor y el reconocimiento; curiosos todos los espectadores muertos. No había rutina dentro de los actos consecuentes. Caminaba en un laberinto sin paredes ni necesidades, su único cuerpo era aquello de lo que se desprendería.

Las eventualidades no estaban contempladas, no existía aquello que rompiera el esquema máxico, rítmico, perpetuo, demarcado, con el fin de sanar aquella alma corrompida por el abandono imaginario; su sola consideración era lúdica.

Pero el camino era fogoso, el camino mismo era impredecible, tan sólo el sol era el mismo y eventualmente se disfrazaba para ocultar las penas que había visto pasar.

Dos esquinas, tan sólo dos esquinas bastaron para que el penetrante aroma a jazmín de Damasco penetrara sus fosas nasales y reventara la base de su cerebro como mil centellas endemoniadas. Todo lo que pudo haber existido hasta entonces no importaba más, el jazmín de Damasco era todo lo que importaba ahora.

Estaba ahí, estático, vestido con su ajuar más blanco, con sus brazos largos y terriblemente verdes, terriblemente hermoso, haciéndole doblar las rodillas, haciendo brotar las lágrimas más absurdas, impregnando todo lo que le rodeara con su más puro y abominable perfume, estaba ahí sentado en el borde del peñasco cual forastero cansado, como si hubiese

esperado ése momento... toda la vida.

No hubo solución, aunque la tristeza le embriagara hasta el más profundo rincón, se sentó a su lado, en el borde, observando el rocoso acantilado que se abría a sus pies; cerró los ojos y respiró profundamente dejándose abrazar por aquel espíritu floreado, llenándose del más puro vacío, sintiéndose feliz... sencillamente feliz, por primera vez en tanto tiempo.

Pero al abrir los ojos supo que era hora de despedirse, el viento del Sur soplaba estruendosamente y con él se llevaría hasta el último pétalo de aquél jazmín de Damasco. Arrancaría de raíz el único instante de felicidad mutada, de pensamientos inexistentes, de brillos musitados. Se llevaría consigo aquél único aroma que aún sobrevivía en el corazón de piedra que acompañaba a un alma errante. Y era su derecho.

Cómo no odiar aquel viento imparable, si su naturaleza no le permitía conciencia de su arrebató?

Cómo no querer arrancar aquel hermoso regalo y raptarlo? ipero que ocurrencia! Habría muerto en el intento..

Lo sintió en las vísceras como un murmullo acrecentado, venía por él. Cerró los ojos y lo sintió como mil bofetones en el rostro y luego... el silencio.

Cuando finalmente se atrevió a abrir los ojos... ya no estaba allí, el hermoso jazmín de Damasco ya no estaba a su lado, y no pudo evitar gritar en silencio la injusticia abstracta, surreal, impresionista y absoluta que se había gestado en su contra...

Pero cuando pudo respirar, se dio cuenta de que algo aún estaba ahí, entre los densos paneles de gotas de agua, entre la luz que los cruzaba y sus manos que sostenían su rostro. Algo aún estaba a su lado, algo bailaba sordo y atónico un ballet desordenado y desnudo, algo se escurría entre su pecho y su espalda...

Era aquel aroma, que le invitaba a presenciar la nada, deshacerse entre mil vientos, por mil años, vasta, abrumadora, insolente, toda, juntos... sentados en el borde.

Capítulo 8

VIII. Cartas a C. (inéditas, aleatorias).

Prólogo fugaz: no soy fanática de las estructuras. Escribiré mis cartas como las enviaría en un correo tradicional: con tachones, mal cerradas y sin el ridículo "Querida.." de abre boca.

Desde hace días el destierro me ha condenado a las cadenas corrosivas de la libertad; te has ausentado de mi vida y me has dejado sórdidamente aturrida sin más remedio que el buscarte en los rincones más absurdos de mi memoria, donde te has ido desdibujando lentamente, donde sólo tu cabello o tus ojos me acompañan en el reflejo de la mirada ridícula de alguien que, en la calle, osa parecerse a ti...

He aprendido con el tiempo que sólo quien quiere desaparecer, desaparece, sólo quien realmente quiere ser olvidado, se olvida. Basta tan solo deseárselo. Cuánto lo habrás deseado tu que la maldición del desmemoriado me invade con tanta fuerza?

Realmente fui sólo eso? un pasaje más en la bitácora de un poeta que naufraga para darle sabor a su antología? Noches como ésta no puede dejar de doler, a sabiendas rotundas de que dormitas taciturna en sus brazos con tu mente decidida...

No sé explicar bien cómo sin contacto alguno, mi corazón sabe lo que sucede, pero lo sabe.. y se encoge en su caparazón, decidido a negarte la Visa que alguna vez solicitaste.

No queda espacio para el odio en el desamor, tan sólo vacío. La voluntad de quien bien obra se devuelve con bonos de papel que jamás se materializan más que en artesanías, y yo soy buen coleccionista de ellas.

Bon Voyage.

M.17/12/09

Capítulo 9

IX. ...

"Me gustas así, ajena y distante..

.. me gustas así, fría y repentina.

Como el clima tus humores,

y como el agua te me escapas."

Puntual y exacta como el grano en la arena, natural como el pasto en el viento, llegaste a mí por vez primera cuando no te esperaba. Inmensa y muda, dolida y golpeada por el trastabilleo del galope ajeno sobre tu nombre; me pides que tenga paciencia y sobre tu abdomen veo las estrellas y espero musitando canciones que cuelgan de la mano de quien me roba el alma y te la entrega en un broche de madera.

Ayer te regalé mil besos escondidos en un verso al aire y sonreías como si hubieses olvidado hacerlo Canaima, mi Canaima.. Me dejaste usar el posesivo cuando empezaste a usarlo conmigo y me hiciste tuya en un abrazo apasionado sin testigos. Quieres aprender de mí todo lo que el mundo de allá afuera me enseñó y yo de ti quiero esa ignorancia pura que te hace fiel al corazón.

Me hiciste olvidar los dolores, me hiciste borrar los pesares, me hiciste creer en el mañana viviendo hoy como garantía de mis anhelos. No habrán luces en el cielo que basten para agradecerte la felicidad de tantas pláticas en las madrugadas, no habrá calor en mi pecho que inunde esa sabana...

Sabemos que no nos pertenecemos, sabemos que la ruta está marcada, sé que no tienes dueño, sabes que tengo el alma alada, pero cada día ha borrado el tiempo y cada noche ha dado pie para comenzar de nuevo, a tu lado, de tu mano... y has dibujado la sonrisa en mi rostro que Vallejo había llevado consigo al infierno.

Abrázame una vez más Canaima, abrázame y no me dejes ir.. pues me he entregado a tus estrellas y a tus ríos, a tus curvas y a tu palpito inocuo que solo mis labios saben descubrir, y mañana... Ay! mañana... Quizás mi suerte se voltee y tu.. tu ya no existas y yo habré muerto.

Capítulo 10

X. No me culpes

No me culpes por mis argumentos, cargados de verdades e historias que justifican cada uno de mis pasos.

No me culpes por mis labios, que se rehusan a consolarte y prefieren sacarle punta a un cigarrillo.

No me culpes por haber abandonado la religión de tus lágrimas y colorear paisajes sobre tu dolor.

Sólo yo he de culparme por sentirme inquisidor, por haber estado en tus zapatos y saber que de ése agujero sólo tú sabrás salir. Sólo yo puedo revolcarme en el asco de la repulsión que provocan los fantasmas recreados en el espejo de tus ojos, y los insultos que profesas sobre mi son sólo el Karma que condena un corazón cuyo diástole está a muchos kilómetros de aquí.

El olvido no es una opción, quisiera que entendieras; una vez que nos conocemos el sello permanece imborrable. Abogas con caminar pero la semilla se reproduce en vastos terrenos de árboles y flores que impregnarán el camino con un suave aroma alucinógeno.

No me odies, algún día entenderás que todos los sentimientos son metamorfosis de lo que sientes por ti misma. No me exaltes, yo habré muerto como las alondras justo antes de cantar. No me perteneces, no te pertenezco, soy sólo un espíritu intentando comprender por qué tomé las decisiones que tomé antes de tener conciencia de ellas.

Vuelvo a ser un maldito puerto lleno de piratas e historias encantadoras, donde cualquier barco de velas rotas viene a atracar para reponerse y rompe mis pilares, corroe mis maderas, vomita sobre mis tablas, y aún así pretende mantenerse firme y zarpar de nuevo al amanecer. Pues no! Ya no más! hoy cerco mis boyas, hoy el muelle está cerrado... y ni se te ocurra culparme!

Capítulo 11

XI. En camino.

He repetido el mismo ritual muchísimas veces, he recorrido las esquinas de mi habitación en busca de lo que puede olvidarse y repentinamente recordarse justo en el momento de abordar para hacerme infinitamente infeliz el resto del camino, he lavado mis dientes, he mirado mi reflejo en el espejo, he cortado mis uñas, he metido mi libro y mi diario en la mochila, tengo un par de cajetillas de cigarrillos extra, mi encendedor pesa en el bolsillo derecho de mi pantalón; todo parece en orden.

Me siento en el porche, me enciendo un cigarrillo, tan sólo falta que disponga mis rodillas para echarme a andar pues alguien me espera a 8 horas y media de distancia y tiene las mismas interrogantes que yo, quizás la misma ansiedad, quizás ha vetado de su vocabulario algunas palabras, quizás ha estrangulado algunos temas de conversación, quizás... quizás, tan sólo quizás... también esté esperando un beso que degusta el hasta-luego.

He ido cerrando muchos capítulos con tinta dorada, quizás para éste se me haya acabado... quizás mi obsesividad ya no permita aflorar aquella espontaneidad de la que tanto discutíamos los jueves de 6 a 7. Mi seguridad se ve sedimentada en bases arenosas, mi autoestima tiene un prisma de colores titilantes.

Mi definitiva, esa que espera mi corazón, esa que sentenciará a quién bauticé como el maldito "amor-de-mi-vida", está finalmente... en camino.

Capítulo 12

XII. Descubrimientos desastrosos

No era difícil descifrar sus ataduras ni sus fantasmas disfrazados de centuriones en forma de hermosos versos. Sus preciosos ojos verdes iluminaban todo lo que podía acercarse pero no disipaban esa tortuosa tristeza. Quizás su propio terreno la hace un poco más humana.. la hace menos apetecible a mis fauces, la hace menos divina..

Ese hombre que la ata, ese mortal la ancla al mundo y le permite dolores tan reales, tan cercanos que son intolerables a mis narices.. Lo único que siento es la necesidad de apartarme, de volver a mi pequeño planeta donde ella existe como un marco en la pared y yo no la toco, nadie la toca.. ni siquiera él, pues él no existe..

Quizás la propia idea de mortalizarla fue su condena en éste preciado y uasente universo que he creado tan sólo para un habitante; quizás aniquilarla sea la única manera de inmortalizarla a través del dulce recuerdo de mi obra maestra: su asesinato.

El asesinato frío y consciente de un idilio sin fecha de nacimiento pero con hora y lugar exactos de deceso.

No pretendo fulgurarme, ni mandar ramos a su familia; el cuerpo inexpresivo que deba cargar con el cadáver de aquél amor que debió ser, hablará por mí; dirá todo aquello que mi risa cautiva entre dientes no pueda decir, y entonces... sólo entonces, habrán entendido todos la condena que se autoimpuso aquella mi doncella, un día, a las 10:30 de la noche... cuando escogió su brazo para ser desfilada como una bandera, en vez de mi abrazo cálido y confidente, real y liberador.

No bebo más, no fumo más, no debo aguantar más las ganas de sucumbir ni de arrollarme a mí misma bajo los vomitivos descubrimientos desastrosos de un amor que corresponde a otro.

Capítulo 13

XIII. Como una mariposa

.. el abrazo duró segundos, horas, aún no lo sé con certeza; nos fundimos como sólo dos almas que al fin se encuentran tras años perdidos, pueden fundirse... creí que en algún momento mi corazón estallaría y mis pedazos serían luces en un universo infinito junto a sus colores.

Sentía su olor, su cabello indomable que trepaba por mi cuerpo y sus labios enloquecidos queriendo devorarme; el tiempo no existía, el lugar era otro que aquella húmeda habitación de hotel alquilada hacía un día y a la que me había llegado de sorpresa esa mañana cuando yo aún dormía.. era amor, y yo no conseguía sinónimos para denominarlo, quería bautizarlo como un Rey, pero nada.. era eso: amor.

Mi felicidad era incolumne.. y yo levitaba en sus brazos, en su risa.. por dios santo! le hacía el amor a un alma! Mi corazón lo sentía, mis cuerpo se desfiguró y yo desaparecí en una canción de amor..

Supe que poseía un momento divino y la explosión de alegría en MI alma fue reveladora.. no no.. LIBERADORA.. yo era finalmente libre pues mi alma había conocido su amante y se había dejado amar por primera vez.

Quizás habrían tomado años en ese tiempo desentonado, pues la realidad no existía para almas como las nuestras.. pero cuando debí despedirme fui consciente de mis párpados y de mis labios augurando una larga vida y un hermoso retorno.. le dije que le amaba y que ya no le esperaba, le concedí su libertad y le di las gracias por la mía..

.. entonces lo escuché, primero suave y acartonado, luego fuerte y encantador.. el aleteo de sus suaves alas me hicieron abrir mis ojos.. era impresionantemente roja, indomablemente grande: su alma se había transformado en una mariposa que se elevaba en un cielo azul intenso, describía espirales sobre mi cabeza que dejaban su aroma como estela de un adiós... ese adiós que es mío y de nadie más.

Y se fue.. se fue para no volver jamás, me dejó con el consuelo de haberle conocido, con la imagen fija en el espejo del cielo, con un trocito de universo paralelo que me pertenece como tesoro invaluable, incalculable, indescriptible. Me abandonó con el desasosiego del "nunca jamás" y el aturdimiento de sus alas sobre mi pecho. Me quedé con los pies clavados en la tierra y con una sonrisa de idiota.. ese idiota que se sabe al fin libre, sin la más remota idea de qué hacer con la libertad, con ganas de ser

eternamente esclavo del viento, apasionado, rojo, intensamente rojo..
como una mariposa.

Capítulo 14

XIV. (...)

Puedes guardarme un secreto? de esos que ahogan el alma y trancan la respiración cuando su figura recorta los árboles del jardín? Dime.. podrías?

Hace mucho tiempo que guardo en mi cajón esta enciclopedia de sentimientos, fue hace más de un año que te vi y aún recuerdo hasta las medias que llevabas puestas. Tu compartías la mitad de un piso que yo había alquilado para sobrellevar la soledad angustiosa que llevaba meses carcomiéndome, eras feliz y yo sabía disfrazarme de serlo.

Soy maestra en el arte del auto sometimiento y jamás imaginarías mi capacidad para obligar al corazón a sentir o dejar de hacerlo, por lo menos durante el tiempo que necesite para masticar y digerir el por qué de mi propio boicot; así que con mesura y frialdad te desplazé de mi primera escena y no quise saber más nunca de ti.

Pero aún cuando pretendí dominar el sol para que me iluminara sin calentarme, terminé quemándome lentamente en un desierto de deseo inconmensurable. Este tejido de eventos incalculables me desplazó a tu lado una vez más pero ahora mucho más cerca, mucho más consciente... hasta confidente.

Cierro los ojos cuando anticipo tu llegada y paralizo mis fosas nasales, contengo mi mirada para no devorar cada centímetro de tu cintura moverse al compás de tus caderas con esa timidez que acelera el paso y congela tus codos a tu torso. Fui inútil ante tus ojos, profundos y desastrosos, articulados a la peor de las sonrisas, perfecta e irreverentemente pura; fui imbécil ante la tentación de escucharte y saber de ti cada día un poco más, al punto de bordear la frontera de la adicción... pero...

... pero estás prohibida.

Si, prohibida. Eres la torre de mi antiguo rey, y yo.. un caballero desechado de la orden. Tu fidelidad es inmaculada y yo, yo me retuerzo en la desdicha de las ganas y el silencio, de la duda y el suspiro. Ni siquiera sabré si cuando me miras vibras en mi misma frecuencia! Maldito... maldito silencio.

Eres la fruta prohibida, de un jardín secreto, en el fondo de mi cajón de madera... y yo... me enamoro de ti... de puertas para dentro.

Capítulo 15

XV. El Cajón.

Tengo un cajón de madera corroída, con agujeros hechos por el tiempo; es pequeño y muy poco logro guardar en él. Lo armé cuando tenía cinco años y desde entonces lo escondo bajo la cama, junto con todos mis fantasmas y malos recuerdos, que no son lo mismo, pero son hermanos por parte de papá.

Comencé a guardar en mi Cajón pequeñas cosas significantes: flores de un buen paseo, dibujos de mi primer perro, cordones de mis zapatos favoritos (que mamá había tirado a la basura), cartas a quien nunca me quiso, agujas y mariposas muertas, cassettes con música sobregabada. Pero con el tiempo los tesoros iban cambiando.

Sustituí las flores por horrores, los dibujos de perros por dibujos espantosos, los cordones por horcas, las cartas por ultimatros, las agujas por hojillas, la música por réquiems; hasta que un día el dolor de la pérdida fue tan absurdo que vacié mi Cajón y guardé un sólo objeto en él.

Se decoraba con rojos en todas las tonalidades, palpitaba con el ritmo del mejor bailarín, era fuerte y brillante, y cabía entre mis dos manos. Era mi corazón.

Lo extraje de mi pecho, que se abrió como un cortinaje, y lo puse sobre la tabla de la base de aquella caja polvorienta y vacía, que tapé y guardé para no saber más nunca del sentir. Cuando me acosté sobre mi cama, con los brazos extendidos, el ruido se había apagado. Me había vuelto una piedra inmóvil y ni el ruido de la lluvia que golpeaba las calles me causaba efecto alguno. Pero pude dormir.

Un nuevo mundo, una nueva persona, eso era lo que tenía ahora. No sentía absolutamente nada. Nada me interesaba, devoraba libros, películas, obras de teatro, cerveza tras cerveza, cigarrillo tras cigarrillo; todo era exactamente igual. Y los demás? Eran detalles en los que no reparaba cuando se cruzaban en mi camino, y eso, lamentablemente, los atrajo como hormigas al azúcar.

Poco a poco me transformé en un demonio plausible y musitador que captaba la atención de cualquiera que lograra poner un ojo en él. Cinco se enamoraron de mi y cinco despaché como pedazos de basura. No sabía sentir, no quería sentir, no me interesaba sentir. Ni siquiera el plácido orgasmo tenía significado o concepto ya, era una reacción biológica

equiparable con el éxtasis de mis glándulas salivales al tener contacto con un buen sashimi.

Me gustaban los bares, me gustaba la inmunidad que había desarrollado al ruido y a la pestilencia de los animales abarrotados en búsqueda de un cariño taciturno. Bebía, dialogaba y volvía a casa a leer y a dormir. Era una rutina deliciosa. Pero entre bar y bar, Ella me cruzó.

Tuve que voltear dos veces para entender lo que estaba sucediendo; charlábamos y compartíamos nicotina con un amigo mientras que mi cuerpo vibraba en mute. Me atravesaba con la mirada y me desplazaba a su ritmo, cada día era necesaria una dosis de su voz y su ternura en distancia prudencial.

Me negué, capítulo tras capítulo, la posibilidad de que aquella vez las cosas resultaran de manera diferente; ella era distinta y yo era el mismo cadáver de siempre. Pero el tiempo me desafiaba, y mi necesidad era sedienta y desesperante. Le conté mi vida en tres noches. Y al séptimo día le confesé, de manera tortuosa, que la necesitaba.

En silencio, quiso venir a mi cueva, accedí. No sabía exactamente qué tramaba ni qué se suponía que debía hacer yo mientras tanto. Sin embargo, cuando atendí la puerta, supo exactamente qué hacer: cruzó las piernas sobre mi colchón, bajó un brazo y hurgó, extrayendo un viejo Cajón de madera, corroído y polvoriento.

Me quedé estática, congelada, anclada sobre mis dos piernas.

Removió lentamente la cubierta, y escuché el latido acelerado de mi corazón olvidado. Lo tomó con ambas manos y se acercó; mi pecho reaccionó cual puerta automática y lo colocó donde hace tantos años solía estar. Sentí un frío espeso entre mi garganta y mis entrañas, y un golpe profundo en el costillar. Cerré los ojos con fuerza cegada por la luz que no tenía por donde entrar.

Cuando todo pasó, cuando al fin estuve en calma, reaccioné: mis labios estaban húmedos, y habían dos manos alrededor de mi cara. Y yo.. había vuelto a la vida.

Capítulo 16

XVI. Migajas

Pocas veces me he sentado a descansar la espalda contra una piedra fría y obstinada. Desde hace un par de días descubrí que era la mejor manera de escudriñar esos pozos azules y hondos que seguían asustándome cuando repasaba la historia sin razón aparente.

Ella recorría un camino totalmente distinto, pero se topó con mi encrucijada y descansaba contra mi piedra, justo detrás de mí. No me habría dado cuenta si el viento traicionero no hubiese alardeado con su perfume, ése que yo reconozco a kilómetros de distancia, ése que me deletrea pausadamente el "otra vez".

Cuando me atreví a girar mi pesado cuerpo, pude ver sus dedos jugar con un rojo falsete rebelde, en armonía con un fondo musical irremediable. Su nombre era símil de Yemayá y su sonrisa cegaba al más incrédulo; blanca pálida enfermiza con ojeras que encavernan ojos amargados, ojos que me dieron la bienvenida al espiral inesperado de un amor a lo Magritte: Ceci n'est pas l'amour.

Las palabras brotaron de la piel; yo podía ver como millones de poros se dilataban para dejar pasar la luz de un alma desencajada y proyectarse contra la luz natural, versus los haces que ella misma lanzaba hacia mí. Era la más pura sintonía. Pero nunca su corazón enfiló hacia el mío; yo miraba fijamente hacia su perfil, y ella miraba distante al horizonte, mientras abrazaba sus frías rodillas.

Me tomó de la mano... "Vamos a caminar", dijo.

Yo la veía desfilar, delante de mi, con la mirada altiva, y una sonrisa malvada lanzada al mundo, que volteaba esporádicamente a mí y yo alucinaba en coqueteos ilusorios. Adivinaba mis pensamientos, se frenaba en seco y anunciaba: "No soy como las demás". Seguía marchando, conversando, con toda la naturalidad brotando de sí.

A veces la descubría entristecerse y enlentecer el paso, para sacar una vieja fotografía del bolsillo, musitar un insulto, sonreírme e invitarme a seguirla. Justo entonces entendí que jamás me querría como yo, en silencio, estaba queriéndole; al contrario su luz quedaba en el suelo, como migas que mi piel recogía para hacerme sentir tan exclusiva, tan privada, tan solitaria, tan ansiosa, tan platónicamente... feliz.

Capítulo 17

XVII. Pensamientos aleatorios (1)

Angustarse es inútil; cada eventualidad sugiere un cambio brusco en mi rutina y cada vez que reparo en la nicotina que consumo, opto por angustiarme menos.

Pasan los días y ella va entrando poco a poco en mí, toma asiento y adopta esa actitud que detesto, como si me conociera de toda la vida y pudiera hacer lo que le diera la gana conmigo. Acidez, migraña, narcolepsia, todo. Hola. Respiro profundo para no ahogarme; tomo una por la mañana, otra por la noche, cafeína y juegos de video. Sonrisas para disimular y que nadie se meta en asuntos que no les incumben, ducharse para que no se note, vestirse bien para no parecer orate... y así.

Se monta en mi cuello, duele, me atraviesa la nuca. Hace calor, luego me congelo, ella logra eso. Me confunde. Hoy quiero comérmelo a besos y mañana me sabe a sal su boca. Dormir es mejor que andar por la vida descabellando calvas. Leer cuesta también, debo repasar cada página para no perderme en la siguiente, y pintar se me ha hecho difícil, las cuerdas suenan solas, supongo que porque hacer música requiere sólo sentimiento y poco quehacer cognoscitivo.

Odio pensar que luego de haber trepado a la copa del árbol y estar a punto de abrir las alas, sus tentáculos hayan logrado tomarme por un tobillo y arrastrarme lentamente a las raíces anudadas, de nuevo. ¿Tendré que tumbar el árbol entero? Maldita sea.

Alucino con un filo que abra mi pecho y el dolor emane dejándome respirar, pudiendo al fin dormir tranquila.

Estoy en un pasillo infinito de espejos, camino y no me reflejo; después de tantos años odiando mirarme en ellos, los rencorosos han decidido no responderme más. He olvidado ser lo que sea que soy, he olvidado caminar pisando hojas secas por gusto y no por maña.

Creo... creo... creo que he sido devorada por la nada.

Capítulo 18

XVIII. Si he pecado

Perdóneme Padre, pues he pecado.

Eran las cuatro de la tarde, realmente no sabía si a esa hora estaba alguien del otro lado del confesionario, pero lo que sí sabía era que esa era la hora más bella para ver los vitrales.

Apoyé mis rodillas en el calor del semi - cuero, entrelacé mis dedos y apoyé mi frente en ellos. La apertura abrupta de la celosía me tomó por sorpresa, había alguien allí esperando que dijera algo.

- Ave María Purísima - Resopló una voz carrasposa.

No pude más que responder.

- Sin pecado original concebida. Acúsome Padre porque he pecado.

- Cuéntame, hija, tus pecados.

Me sentía extremadamente ridícula haciendo lo que siempre había juzgado, pero no conseguía manera de descargar tanto peso en otro lado. No sabía exactamente por dónde empezar; en algún lugar de mi cabeza estaban esos cuentos infantiles haciendo estragos, donde el fuego me quemaría y mis demonios saldrían a bailar. Pero decidí tomar aire, y vomitar sin orden alguno, todo lo que me tenía ahogada.

- Perdóneme Padre, pues he pecado de lujuria; he hecho el amor con constancia, dedicación y entrega. He deseado sólo a una persona pero le he deseado en todo momento tanto como ella me ha deseado a mí.

Perdóneme nuevamente, pues he cedido en gula: su amor no me ha bastado cuando me ha dejado en el mercado y ha cruzado por manzanas. Cada segundo de su cariño son gotas en un árido desierto y yo disfruto plenamente el placer de la deshidratación. Soy avara, en demasía, pues sus besos y caricias deben pertenecerme a mí y sólo a mí, y la historia termina donde yo ponga el último punto; no tolero verle tomada de manos con otro, besada por otro, feliz con otro; me corroe Padre, me fatiga, no me permite respirar ni vivir tranquilamente.

Por un segundo pensé que mi confesor había desalojado su pequeño cubículo, no sé si estaría acostumbrado a éste tipo de confesiones. Pero mi silencio le inquietó y me preguntó si deseaba continuar, a lo que

respondí:

- Creo que he pecado también de pereza, porque realmente no sé qué tanto me esfuerzo en recuperarle. Me desespero ante cualquier obstáculo y ya no tengo la paciencia que tuve el primer día. Entonces caigo en ira, y vuelvo a pecar. La conozco mejor que nadie y todo ello lo utilizo en su contra, soy iracunda por naturaleza y es algo que no puedo controlar.

Cuando el nudo en la garganta amenazaba con interrumpir mi soliloquio, decidí cerrarlo como mejor pude.

- ¿Sabe qué es lo que más me duele Padre? Que le envidio; nunca me había dolido pecar tanto como ahora. Le envidio su capacidad para olvidarme y recuperar el brillo por las mañanas, le envidio que pueda vivir sin mí y yo aún me arrastre con el cadáver de su versión que algún día me quiso, le envidio poder verme y no inmutarse, le envidio saberse querida y poder dormir tranquila.

Ya a esas alturas no podía abrir los ojos por el manantial, y el Padre, consciente de ello, decidió intervenir no sin antes dejar salir una risilla que se mofó de mí por un par de segundos.

- Hija mía, nunca se me había ocurrido la posibilidad de que Amar fuese un pecado, y la he dado por descartada ya mismo. Amar da cabida para dos pecados únicos y mortíferos en sí mismos: esperar algo de vuelta y [o] que te vean la cara de idiota, y honestamente, no sé en qué punto se confunden ambos; pero la mortalidad es en vida si, y sólo si, no aprendes a reconocer a quien quiere con el corazón y distinguirlo de quien quiere con su genital, de quien quiere con las apariencias... de quien quiere algo de vuelta... como tú.

Justo en ese momento sentí que la presión en el pecho cedía, y empecé a tranquilizarme. Él continuó.

- Así que, como tu penitencia ha sido muy bien impuesta por manos ajenas a éste servidor, yo te absuelvo hija en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz, y por amor a Cristo, no vuelvas a pecar.

Recuerdo perfectamente que fue desde ese día cuando comencé a asistir a aquel templo, sólo a las cuatro de la tarde... a admirar los vitrales.

Capítulo 19

XIX. Exilio.

(Del lat. exilium).

1. m. Separación de una persona de la tierra en que vive.

Tendría yo que definir mi propia tierra entonces, porque no es una casa, un auto, una cuadra y amores de esquinas. Mi tierra la hice por rutinas, por hábitos, por espacios donde me sentía segura. Mi tierra no es una bandera, no es un himno ni un presidente, mi tierra es una dálmata, un mejor amigo y una cueva donde nadie podía menospreciarme.

Pero decidí abandonarla, porque crecer es darse cuenta de que el mundo no es una caja de zapatos donde se guardan los mejores recuerdos y se albergan esperanzas para no cumplir. Decidí recoger mis pocas pertenencias y probar suerte afuera; una suerte etimológicamente inestable y metafóricamente inexistente.

Salí de un país lleno de infinitos fenotipos pero una sola idiosincracia, un país donde cada esquina está llena de amigos potenciales o en el peor de los casos un compañero de parranda, un país con un lenguaje impecable y un instinto de supervivencia inigualable. Pero también salí de un país lleno de inseguridad, de violencia, de inestabilidad económica y de angustia, un país sin futuro para quienes nos dedicamos a las humanidades y a la cultura, un país donde eres partidario o eres partidista. Tuve que emigrar para hacerme un futuro económico y profesional sin tomar en cuenta que sacrificaba mi estabilidad social y emocional, pues el panorama que me esperaba... bueno, sencillamente no me estaba esperando.

Llegué a Santiago de Chile con una oportunidad de trabajo no remunerado pero con posibilidades de investigación para cerrar mi primer ciclo académico; arribé a una institución feminizada pero no feminista, donde el estrógeno intensifica tanto el ambiente que durante los primeros meses me crecieron caderas que nunca había tenido. Mis colegas son mujeres fuertes, luchadoras, trabajadoras pero conservadoras, y ese fue el primer bocado de sociedad que probé. Ellas desconocen las esquinas del horizonte, y la homosexualidad es una de ellas, sobretodo cuando se trata de mujeres, y por lo tanto decidí silenciar mi inclinación sexual, para evitarme futuros problemas.

Si mi oficina fuese venezolana, serían todas jóvenes, habrían más hombres trabajando y ya tendría dos muy buenos amigos con los que saldría a beber todos los viernes a un bar que ya sería mi favorito. Pero no es el caso. Mi oficina es chilena, por lo tanto todas tienen hijos y sino tienen un novio al que le dedican cada respiro diario, porque no tener

pareja es catastrófico para tu vida social, pues es más fácil tener con quien coger que tener con quien hablar de la vida y filosofar tomando cerveza.

¿Hacer amigos leyendo en un parque, como hice alguna vez en España? No, no sucede. El chileno se reduce a un pequeño círculo de conocidos, conocidos por conocidos, que se mantiene hermético, impenetrable, pues el extraño es peligroso, por alguna razón que desconozco.

Entonces empiezo una vida nueva, en un país donde no conozco a persona alguna, donde las personas no quieren conocer y en un ambiente más aburrido que misa ortodoxa de domingo a las 7. ¿Cuál es el resultado? Depresión por aburrimiento y falta de capacidad para la adaptación.

Pero he decidido, con la peor de las posturas venezolanas, venir para investigar, estudiar más adelante y trabajar, a costillas de un país que lo único que ha hecho es lograr que desee irme todas las noches a mi vieja casa.

Pienso ganarme su dinero, y luego seguir errante, hasta conseguir unas calles que finalmente me sonrían.

Capítulo 20

XX.

Santiago, 17/10/2011

No era exactamente ésto lo que quería. La vida baila en un salón sin paredes y se fatiga de llevarnos el paso.

Fui mercader de corazones rotos ajenos, dejando el mío para el fondo de mi bolsa, sin sospechar que un día iría a la quiebra sin tener más salida que sentarme sola con él.

Mi corazón se volvió de madera, pues lo confiné a un cajón por mucho tiempo. Está astillado y tiene polillas del recuerdo, que surcan su interior sin hallar salida al aire. No está roto, pues heredó las más finas maderas de mi voluntad. Al contrario, mi corazón no sabe latir, no pulsa cuando Sabina me consuela ni cuando el mar se aplaca a las 5 de la tarde. Está ahí, rígido en su cueva, muerto en vida, acumulando suspiros que lo hacen silbar.

Mi corazón es mi verdadera caja de resonancia. En él hacen eco mis escasas sonrisas, mis fantasías escurridizas y aquellos amores que no he podido olvidar.

He ido tallando en sus paredes su nombre en iniciales, seguido de puntos suspensivos, pues rehuyo al destino vacío al que me confinó su olvido.

Pobre de mi corazón que no puede curar, pues nunca herido ha estado. No está en su naturaleza, ni en la mía, dejarse amedrentar. Él absorbe las golpizas para transformar su madera en la más fina que se puede encontrar.

Capítulo 21

XXI. Adiós princesa.

Para L.

Tengo días queriendo despedirme de ti y no sé hacerlo, obviamente porque nunca he querido separarnos y cuando he logrado hacerlo tu te vengas y yo jamás me “vengo”. Hemos sido prisioneras de pasiones fundadas en la necesidad y en la imposibilidad del desapego, y ellas nos han boicoteado lo poco bonito que pudimos hacer a punta de risas y chistes estúpidos.

Tu lo quieres a él, yo la quise a ella, aunque tu jures que la sigo queriendo.

Desde hace años (literales) que vengo persiguiendo tu cabello rojo, castaño, negro y hasta morado, tu sonrisa macabra en las esquinas de los bares, llevada de la mano por un fantasma insoportable. Te buscaba en los cuartos comunes, en las tocatas aleatorias... te buscaba.

Finalmente te encontré, y tuve que perseguirte por meses para que me quisieras un poco, luego un poco más, y al cabo de un año ya dejabas que te abrazara. ¡Qué feliz era! Y no tenía la más remota idea. Tu mirabas para los lados, le robabas besos a amigos, coqueteabas con todos y sufrías por él. ¿Y yo? Yo estaba ahí, de pie, testigo, con el corazón hecho piedra.

Me gusta creer que poco a poco fuiste viendo en mí lo poco que tenía y terminó gustándote o haciéndote sentir segura, tranquila. Yo tenía todo lo que tú buscabas en un hombre, pero en el cuerpo de una mujer... ¡Cómo me frustraba! De igual manera preferí quedarme a tu lado, conocerte, que me conocieras, pasar momentos cálidos y terriblemente incómodos, y hacerte reír... sobretodo hacerte reír.

Pero cometí errores, detrás tú, y se aprovecharon. Nos llenaron de poros inconformes e inseguros, nos empujaron a los fantasmas alejándonos la una de la otra. Tú te transformaste, y quizás yo también. Ya no sabes abrazarme, y a mi me da pánico que me mires. Quiero verte feliz y ya me hiciste entender que no es conmigo con quien podrías serlo.

¿Entonces princesa? No me queda alternativa que dejarte ir con todos los recuerdos bonitos que tengo y que creo compartir contigo. No tengo cabida en tu mundo y el mío te resulta incómodo. Supongo que es mejor así, es lo lógico, es lo natural... y aún así duele espantosamente.

Quiero que sepas que estoy consciente de todo lo que hiciste por mí que no habrías hecho por nadie más, y te estoy inmensamente agradecida. Espero que conozcas todos mis gestos y sepas que por ti hice mucho más que por cualquier otra persona, y lo hice por amor.

Adiós princesa, adiós sonrisa, adiós ojos profundos, adiós psicopatología cuando molesta, adiós dulzura cuando se bajan las barreras, adiós manos perfectas, adiós mejor amiga... Adiós.

Capítulo 22

XXII. Te prometí.

Te prometí que nos dejaría.

Te prometí que olvidaría los segundos pulsantes.

Te prometí un abandono consciente.

Te prometí una amistad saludable, con indómitos lapsos de deseo.

Te prometí abrazos aceptablemente largos.

Te prometí complicidad indolora.

Te prometí tantas cosas que no tengo suficientes post-its para recordarlas.

Te prometí tantas cosas que en algún momento me olvidé de mí.

Te prometí que me sería infiel y me engañaría.

Te prometí que no te amaría, y casi lo cumplo.

Te prometí cenas románticas sin beso de despedida.

Te prometí no desearte.

Te prometí caminar por la rambla y no esconderme en callejones.

Te prometí té caliente para la lluvia.

Te prometí un cigarro compartido.

Te prometí tantas cosas...

...tantas cosas que te he prometido, que he aceptado caminar de tu mano sin cosquillas.

...tantas cosas te he prometido que ya no busco besarte.

...tantas cosas te he prometido que ya no sé engañarme.

Tu ausencia me hace divagar y darme cuenta de que te amo tanto que prometo cumplir mis promesas, con tal de que no te vayas... nunca.

Capítulo 23

XXIII. Cartas a ella. (Primera)

No acostumbro recordar rostros fugaces. Tengo la memoria de un ciego entre alabastros. Pero recuerdo perfectamente los primeros días en verte. Recuerdo la ausencia en tus ojos, recuerdo tus manos delgadas, recuerdo tu cabello interminable y el azabache en su reflejo. Recuerdo las marcas de la vida en tu piel, tuyas y adheridas. Recuerdo tu media sonrisa tras el mostrador y el olor a canela la primera vez que me abrazaste.

Son pocos los recuerdos que tengo contigo, porque bueno... si somos sinceras, nunca me han sido dados. Los he raptado del silencio taciturno que armas en morada, los he desmembrado de tu muralla interminable, de tu coraza esculpida en nada.

Y no me miras, no me notas, no te das cuenta que finjo miopía desde mi vanguardia. No notas el temblor en mis manos al saludarte ni mi vaivén sonoro cuando apareces de su mano. No reconoces mi olor a tabaco oxidado, ni mis ojos que brillan en deseos infantiles. No sabes que existo más allá de mi café enarbolado en excusa de proximidad.

Y si me equivoco y me conoces, entonces (maldita sea) condesciendes ante uno más de tus mendigos. Soy otro rostro entre mil más que sucumben y te ruegan una palabra cálida un sábado al mes. Soy fastidiosa y agobiante, y disimulas perfectamente en mi entrada.

Prefiero diseñarte en el aire, prefiero creer que te versiono y que eres noble sin más farsa. Prefiero condenarme al exilio y verte desde la aridez de mi montaña, porque por más triste que sea, yo no estoy a tu altura y tu... tu eres la nada.

Capítulo 24

XXIV. Reflexión famélica, en 13 minutos.

4:50 am.

El psicoanálisis me mató la poesía.

Tengo días queriendo escribir y nada sale. Doy vueltas, enciendo un cigarro, lavo ropa, voy al trabajo, vuelvo y nada. Nada.

Nada.

Si pienso en un sinónimo de "nada" automáticamente mi cabeza piensa en "ausencia". Nada me falta. Nada me sobra. Nada me estorba. ¿Qué me sucede? Nada. Por primera vez desde la tormenta hormonal nada sucede. Recuerdo haberle escuchado a Sabina alguna vez decir que ya no escribía canciones porque era feliz, y al fin lo entiendo. El desamor nos hace poetas, nos hace creativos, nos obliga a botar de una u otra manera todas las visceralidades que ya no podemos desatar en la cama o en el sillón. Tras meses de pasividad ya ni extraño las conquistas, ya nada me reta, ya nadie es especial, ya nada me sorprende. Veo fotos de aquellas que quedaron por conquistar y en algún recoveco del corazón se alborota una mota de emoción, que se la lleva el viento del desánimo.

La soledad me devoró y yo, somnolienta, me dejé devorar.

Adiós a los rellanos, adiós a las puestas de sol, adiós a las esquinas taciturnas que el foco transformaba en escenario, adiós, adiós.

Pero no es primera vez que me despido, no es primera vez que suelto la mochila a mitad de pendiente, nunca es primera vez. Mi verdadera primera vez me espera en la esquina, entre piedras camufladas, me acecha, me susurra. Intuyo que no me han terminado de reventar el corazón a pedradas. El aire apesta a humedad, a tormenta, a silencio, y yo... yo me acobardo, doblo las rodillas y me dejo caer, me dejo caer... me

dejo caer.

5:03 am.

Capítulo 25

XXV. Nostalgias

Hoy desperté con añoranza de mis montañas.

Hoy observé fotografías corroídas de sus azules moteados por la mañana.

Hoy casi pude saborear sus pastelitos de queso, y su chocolate caliente.

Hoy estaría tomando café en el balcón de mi abuela, compartiendo un cigarrillo.

Hoy saldría a acostumbrar mi pecho a sus alturas.

Hoy subiría el páramo con los ojos cerrados, como tantas otras veces.

Hoy me sentaría en el mirador de Mucuchíes, a sentir el silencio que aturde los oídos.

Hoy sería domingo, como todos los días.

Hoy sería capaz de caminar su atestado Centro, empinado, murmurante. Y saludaría a tres amigos en cada esquina.

Darí lo que no tengo por estar, hoy, en casa.

Capítulo 26

XXVI. Que te digan otros.

(Nos cruzamos fútiles en paseos borrosos, nos sonreímos sin velo en esquinas anónimas. Acercamos las orillas en puentes levadizos que brillan en calma, tu sonrisa iluminaba la calle entera, atiborrada de borrachos e indigentes tardíos. Yo no te notaba, porque estabas eclipsada).

Tu me buscaste, por primera vez, tu me invitaste

A romper tu monotonía

A alegrar tu angustia acompañada

A provocar instintos desconocidos

A disimular tu cara devastada

Me retaste a quererte sin derecho

Me propusiste un deseo cultivable

Me dijiste, tras tus pasos, que tus hombros no serían míos

Y sin embargo te desnudaste ante mis ojos

Aunque adivino que no es a mí a quien deseas

Aunque intuyo que entremezclo tus palabras

Aunque me conozco ilusa e inocente

Pues que sean otros los que te hablen

Que te digan que adivino tus lunares

Justos y acomodados, cubriéndose del frío

Que te digan que tus ojos, dispares y somnolientos

Fueron míos por más de un trino

Que te digan otros, lo desbocado que va mi corazón
Cuando de lejos veo tu andar plácido
Y en esquinas me escabullo para no retar al cielo
Que te digan otros, que aunque la brisa corra,
Tu aroma me persigue y te adivino en pensamiento.
Que te digan también que hoy, hoy te esquivo por miedo.
Miedo a que me descubras, y salgas corriendo.
Miedo a no poder verte ni escucharte
Miedo a no inventarme, para sorprenderte.
Que te digan que te dejo
y que lentamente desvanezco
Porque no me perteneces, ni te pertenezco
Porque nunca lo has querido y yo...
...yo me condené en silencio.

Capítulo 27

XXVII. Epílogo de un inmaduro emocional.

Entre vaivenes de copas comprendí hoy lo cauta que he sido en el amor. A mi edad muchos pueden contarte que se han enamorado cinco veces y les han roto el corazón otras tantas. Pero yo, en mi soberbia, he pasado disimuladamente por el campo de batalla, evitando los cadáveres de amoríos fútiles y ensuciando mis zapatillas de lágrimas ajenas.

Fui víctima muy pronto de las heridas profundas de un amor adolescente cuya defunción no pudo sino traumar mis ansias de querer, sin dejar pasar la oportunidad de alimentar mi repugnancia por mi caparazón y todo lo que tuviera que ver con él. Y creo comprender esa reacción tan primitiva y tanática: el abandono es tan doloroso en universos como el mío, que la culpa sólo puede recaer en el ego y en mí misma.

Poco a poco fui moldeando ladrillos para tapiar el contorno de mis inseguridades. Fui poblando mis vacíos de fantasmas duplicados de mis propias adversidades. Supe darle forma a todo lo que no cabría en un querer y quise olvidar la posibilidad de abrirme al cariño por miedo a evidenciar mis monstruosidades.

Pasa que creces, pasa que maduras paulatinamente y reconoces en otros los miedos que te persiguen. Conoces individuos reconstruidos bajo la sombra de sus propias atrocidades, que sin más remedio se encantan de la ilusión proyectada en tu muro. Y se enamoran (o dicen que lo hacen; otra imposibilidad es la de reconocer el cariño que proyectan los demás por la ausencia del cariño propio) y te invitan a las danzas de sangre sobre el cadáver de los miedos.

Ahora que conocí el deseo maduro, crecido y consciente, encuentro en mis manos la timidez del primer anhelo, la necesidad desesperada de recibir cariño como agua entre las manos: con ansias de saciar, con euforia de un descubrimiento, con pánico por la imposibilidad de la retención. En otras palabras: se me escapa el amor entre los dedos, y no sé aprovecharla en mis labios por la seguridad de que se agotará.

Hoy no tengo poesía, hoy no tengo romance. Esta madrugada sólo tengo palabras cautas para un corazón ciego. "Déjate querer" le digo, y no me escucha ni me lee, pareciera que ha olvidado y temiera el infortunio, y yo no puedo salvarle pues le veo a lo lejos venir a devorarnos.

Capítulo 28

XXVIII. Capadocia.

Tengo muy poco que ofrecerte. La verdad es que realmente no tengo nada para darte. No tengo estabilidad en mis cuentas bancarias, no tengo amigos en los restaurantes exóticos que volteas a ver. Tampoco hago reservaciones en hoteles acogedores dentro de las ciudades indispensables que quieres conocer. Sabes bien que soy mucho menor y que mi proyecto apenas comienza; sabes que mis manos van vacías a intercambiarte una moneda por la sonrisa que acompaña tu café. También sabes que solía llevar de la mano conocidas que cavan abismos entre mis deseos y tus curiosidades.

Hoy, como en todas mis historias, portas un lunar naranja entre tus cejas. Hoy titilan tus ventanas verdes lejos de mis manos tristes y destrozadas. Hoy me conformo con verte de lejos y saber que me miras con aires de castidad incólume.

Hoy cuento las horas para verte.

Capítulo 29

XXIX. Neurosis

Hoy desperté cansada de todo: de las rutinas, de los escarmientos, de las pasividades y de las decepciones; hoy desperté y supe que Cerati había muerto, que hay una revolución de verdad en algún lugar y que yo estoy estática sobre mi cabeza leyendo Twitter y buscando una foto que me guste para rogarle con un click gustarle de vuelta.

Hoy me di cuenta que me gustan todas las chicas a las que no les voy a gustar jamás porque insisto en no gustarle a la gente. Hoy el cuerpo me vibra tan violentamente que podría correr de aquí a donde siento que pertenezco. Hoy entendí que hay cosas más grandes que el amor y la autosatisfacción digital. Hoy estoy tan extática que podría saltar sobre la barra y besarle con la confianza que no tengo. Hoy soy todos y ninguno y siento que no pertenezco al lugar donde estoy.

Hoy tengo cansados los ojos pero el corazón va a mil por hora y no es taquicardia, es angustia de vivir y de mandar todo a la más sincera mierda. Hoy desperté a las dos horas de haberme dormido y no tengo paciencia para nadie. Hoy podría tatuarme la cara, raparme el cabello y vestirme de rosa. Hoy no sé quién soy exactamente pero sé con seguridad lo que no quiero seguir siendo.

Hoy he tomado la decisión más vulgar de todas: hoy quiero dejar de ser.

Capítulo 30

XXX. El abandono también existe en el cielo.

En una noche navegué un cuerpo que no me deseaba.

Colmé mis ansias en unos labios que buscaban reencontrarse a sí mismos, lejos de mí y ajenos a mis ganas.

Ella se sabía deseada desde lo más recóndito de mi ser, y se desvistió para cobijarme en frío, ese frío que arranca del tuétano las ganas de vivir.

No quise renegar del breve instante que me regalaba, no podía serle infiel a mi pálpito y a mi humedad enardecida.

En una noche me ultrajaron las mejores sonrisas y las curvas dedicadas a un anhelo que no me correspondía.

Fueron minutos perdidos en amaneceres, desbocada en estrellas regadas en un mar blanco. Sorpresas escondidas esperando a ser descubiertas por alguien más que por mí.

Fui vástago de sus caprichos en ignorancia taciturna.

Quise ser un Beatle en una orquesta para los Stones.

Y me fui caminando, con el abrigo en la mano, sabiendo que yo había sido la prueba irrefutable de mi propia inexistencia.

¿Para qué entregarse al viento si no se sabe volar? ¿Si las alas fueron arrancadas antes de haberlas aprendido a usar?

Malditas migajas de ternura, sobrantes de un festín ajeno.

Y yo me quedo en una esquina, con ganas de decirte por dos minutos que te quiero, para mí, consonante, firme, para mí, y para ningún tercero.